

voluntad mala. Lejos de nosotros las perniciosas máximas de un siglo corrompido y prevaricador; aproximémonos á Jesucristo en vez de alejarnos de Él, y como único medio para el efecto comulguemos mensual, semanal, diariamente, si es posible, y si se tiene licencia del confesor; y el Señor Sacramentado, cuyo Cuerpo y Sangre, cuyo espíritu y divinidad tan íntimamente unimos á nuestro débil ser, nos hará fuertes en el tiempo y poderosos en la eternidad: felices en la tierra y en el cielo.

EJEMPLO

Cierta mujer muy devota del Sacramento Santísimo frecuentaba la S. Comunión, y un día que pidió al cura la comulgase, éste se negó á ello, manifestándola, con escándalo de la pobre señora, que no era lícito que una mujer frecuentase tantas veces la Santa Eucaristía. Partió el sacerdote y quedóse la devota tan oprimida y desconsolada que, acomodándose en uno de los rincones del templo, comenzó á llorar amargamente su desgracia. Después que los fieles abandonaron el templo, aparecióse á aquella mujer un insigne varón de grande majestad y hermosura, vestido con los ornamentos episcopales, y la preguntó la causa de sus lágrimas. Ella confesó francamente que el sacerdote la había negado la Comunión. Inmediatamente la visión se dirigió al sagrario, abrió el tabernáculo, y extrayendo del copón una de las tres sagradas Formas que quedaban, la dió á la devota, diciéndola al propio tiempo que se la entregaba:—Mi Cuerpo te dé verdadera salud—con lo cual entendió la señora, no sin sobrecogerse de asombro, que el Varón que la había comulgado era el mismo Jesucristo. La devota mujer contó después el suceso al párroco, quien, no acabando de creer lo que oía, abrió el sagrario, registró el copón y vió que en efecto sólo quedaban dos Hostias, mientras que él había dejado tres. Publicó luego el prodigioso suceso, y en adelante jamás negó la Comunión á cuantas personas con devoción la solicitaban.—*Jacobo de Vorágine* (1).

(1) Sermón del Santísimo Sacramento.

XIII

Sobre las disposiciones para comulgar con fruto.

Probet autem seipsum homo et sic de pane illo edat et de calice bibat.

Pruébese el hombre á sí mismo y con estas disposiciones coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.
I. COR. XI, 28.

1. Toda la ciencia que pudieron alcanzar los filósofos más sabios de la antigüedad pagana se cifró en esta concisa, pero hermosa frase: *Nosce te ipsum*. En el conocimiento propio, en saber á fondo lo que es, lo que sirve y lo que puede aprovechar el hombre; en conocer sólidamente de dónde, cómo y cuándo ha venido á la sociedad humana; en no ignorar á dónde se dirige y para qué fin ha sido criado, se resume toda la sabiduría del rey del universo. Con efecto; cualquiera otra ciencia que no se dirija á ésta ó no la fomenta es una ilusión del alma, una vanidad inmensa. El santo abad de Claraval recopilaba acertadamente la sabiduría humana en tres palabras que deberíamos tener siempre en nuestra mente prendidas: «Qué fué, qué es, qué será el hombre (1)?» Quien estudia detenidamente sobre ellas puede adquirir á conciencia el diploma de sabio.

2. No es otro el escrupuloso examen que el apóstol

(1) Formul. honestæ vitæ.

S. Pablo exige del cristiano que pretende recibir el santo Cuerpo del Señor. *Probet autem seipsum homo*. Pruébese, examínese el hombre á sí propio, y vea cómo es su vida y costumbres; y si por desgracia hallare faltas de consideración, arrepíentase de ellas y depóngalas contrito en el Sacramento de la Penitencia; de esta manera podrá comer del Pan y beber del Vino eucarístico. Á la verdad, quien de otro modo se dispusiera para comulgar, recibiría indignamente un Misterio tan saludable, fallando sobre su misma cabeza el decreto de su condenación eterna.

3. Cierta rey magnífico dispuso opíparo banquete. Para su celebración despachó á sus criados con la orden de que saliesen á las calles, plazas y campos, é invitasen á toda suerte de individuos. Á nadie excluía de las bodas; pero la dignidad real exigía que todas las personas invitadas se sentasen á la mesa convenientemente. Dióse principio al celebrado festín, y, luego que todos estuvieron sentados, entró el príncipe para verlos y regocijarse con ellos; mas notó con admiración que había allí cierto sujeto que no vestía el traje nupcial. Volviéndose á él, le dijo:—Amigo, ¿cómo has entrado aquí no llevando el vestido de boda?—El interrogado callaba.—Irritado el soberano ante un desaire semejante mandó á sus ministros que, atándolo de pies y manos, lo arrojasen á una tenebrosa y hedionda cárcel, donde experimentase insufribles tormentos (1).

¿Habéis oído el suceso? Pues es una parábola hermosa propuesta por el Salvador para declararnos que, para poder recibir con fruto el adorable Sacramento, es absolutamente indispensable vestir el traje nupcial, esto es: la inocencia bautismal, ó en su defecto la actual penitencia. De otro modo sufriría la pena eterna aquél que insolentemente se atreviese injuriar á Jesucristo, presentándose á su Divina Mesa con los harapos inmundos del pecado grave.

Ya, pues, que por medio de esta divina parábola he dado á conocer la idea de mi proposición, procuraré explicar las

(1) Math. XXII.

disposiciones necesarias y convenientes para comulgar con fruto, distribuyendo para mejor claridad la presente materia en dos partes: *I Disposiciones concernientes al alma. II Disposiciones relativas al cuerpo.*

§. I.

4. Para fijar con precisión el asunto de la primera parte no debería sino hacer resaltar la dignidad del Hombre-Dios, haciendo ver que, así como el amor no tiene límites, tampoco los debe tener quien presume recibir á Jesucristo. Un Dios, tres veces santo, autor de la vida y de la muerte; un Dios, ante cuya bella presencia tiemblan los ángeles y se estremecen los orbes; un Dios que, llevado de amor por el hombre, se comunica á éste precisamente para hacerle santo; ¿no merecerá que el hombre se disponga convenientemente á recibirle? El publicano Zaqueo, una vez convertido, hospedaba con gran alegría al Salvador. El confiado Centurión, poseído de humildad profunda, pretende que el Divino Maestro se albergue en su casa, pero se confiesa indigno de un favor semejante. El apóstol S. Pedro, extrañado la acción de Jesús cuando intenta lavarle los pies, estremecido, exclama: ¿Pero Tú á mí, Señor? Las fervorosas hermanas de Lázaro no se dan punto de reposo por obsequiar con gran delicadeza al Redentor. ¡Qué lecciones tan elocuentes para el comulgante!

Así como la fragante rosa suministra á la discreta abeja ricas dulzuras y prepara mortal veneno al inmundo escarabajo; así como el aromático bálsamo preserva de la corrupción á los fríos cadáveres y corrompe más pronto al cadáver descompuesto; así como el fecundo sol derrite la blanca cera y endurece el sucio barro, también la Eucaristía adorable presta vida á los cristianos buenos y da muerte á los malos. *Mors est malis, vita bonis*. El mismo Jesucristo, que viene del cielo eucarístico á celebrar con los discípulos sus regias bodas, entra á cenar con las vírgenes prudentes, pero rechaza á las necias, dejándolas á la parte de fuera, porque no tuvieron dispuestas y encendidas las lámparas de la contri-

ción y del fervor cristiano. ¡Prodigioso Sacramento que, siendo uno mismo por su naturaleza, obra en las almas efectos tan contrarios!

5. Estos efectos los causa sin duda el Sacramento, merced á las respectivas disposiciones de los comulgantes. Por esto es necesario que me detenga unos momentos en su explicación.

Y lo primero que se requiere en el hombre es estar bautizado. Nada debiera consignar respecto á esta disposición, porque, como nadie ignora, es la llave de la vida cristiana, y sin ella son ineficaces los Sacramentos. Pero debo declarar con el Angélico (1) que más gravemente peca el gentil que comulga, que el cristiano pecador, por estar aquél más lejos de la debida preparación que éste; por cuya razón notan las historias eclesiásticas que el Omnipotente ha descargado terriblemente el brazo de su justa cólera sobre los infieles que con increíble osadía recibieron el Sacramento del Altar. Bleda (2) refiere de un joven francés, no bautizado, que, acercándose á la sagrada Mesa para comulgar, nunca pudo tragar la santa Hostia por más esfuerzos que hiciera, teniendo que confesar públicamente su grave culpa.

6. La excomunión es otro de los fuertes obstáculos para percibir las dulzuras suavísimas de la Eucaristía. Enseña el doctor Irrefragable (3) que el excomulgado peca, no sólo en recibir á Jesucristo Sacramentado, si que también en levantar sus inmundos ojos para mirarle, que por esto ha sido vedado al excomulgado asistir al sacrificio de la santa Misa desde el Prefacio en adelante. S. Eloy, obispo de una de las iglesias de Francia, excomulgó á cierto rebelde clérigo porque no se enmendaba de sus graves faltas; mas éste quiso celebrar sin que le hubieran levantado la eclesiástica censura, y cayó muerto repentinamente en el mismo Altar.

(1) Q. 80, art. 5.

(2) Milagro 254.

(3) Pars. 4, q. 52.

7. Las escandalosas pependencias, los mortales odios y las graves deudas son, asimismo, impedimentos gravísimos que se oponen á la digna recepción del Sacramento Santísimo. No pueden en manera alguna conciliarse esta clase de vicios detestables con la hermosa caridad, necesaria á quien ha de hospedar en su pecho al Dios del Sagrario. Quien haya cometido un pecado contra el mandamiento séptimo del Decálogo, devuelva lo robado si puede, antes de comulgar, ó en caso contrario tenga resolución firme de devolverlo cuanto antes. Quien mantenga en su corazón al gusano del odio, recuerde la lección del Salvador (1): «Si alguno se presentare al altar para ofrecer algún don y allí recordare que tiene algo contra su hermano, deje la ofrenda sin presentar, y vaya á reconciliarse con su prójimo,» á fin de poder luego comulgar esa Divina Hostia, vínculo de amor. ¡Tan puro es el don eucarístico, que no puede entrar en corazones manchados con la enemistad! Piénsenlo bien los que por leves motivos acostumbran á airarse contra sus prójimos, á negarles el saludo ó á malquererles interiormente, que Jesucristo cuando entra en el cristiano va en busca de amor, y mal podrá proporcionárselo quien no ama á sus hermanos.

8. S. Buenaventura enseña que así como la Hostia consagrada debe tener siete condiciones, á saber: que sea blanca, triticea, delgada, pequeña, redonda, sin levadura y sin sal; del propio modo el cristiano comulgante debe gozar de otras siete cualidades morales semejantes á estas materiales condiciones. Debe ser blanco en la castidad, conforme á su respectivo estado; triticeo, por su devoción al llegar á la Mesa divina; delgado, por la abstinencia en el comer y el beber; pequeño, por la humildad; redondo, en la prontitud á todo lo bueno; sin levadura de odio, envidia ó discordia; y sin sal, esto es, sin avaricia ni vanagloria (2). Sto. Tomás añade que el comulgante debe guardar los mismos requisitos que es preciso tengan los corporales; porque así como éstos deben estar lavados, retorcidos y secos, así el que ha

(1) Math. V, 23.

(2) Serm. II del Smo. Sacramento.

de comulgar ha de estar lavado con sus propias lágrimas, retorcido con obras de penitencia y mortificación, y seco al sol del amor de Dios, ocupándose antes en la oración (1).

Empero, para concretar tan grata materia, indispensable es declararos que las disposiciones próximas para comulgar son cuatro: Estar en gracia de Jesucristo; armarse de la mortificación; saber lo que se recibe, y evitar las faltas leves.

9. Es doctrina del santo Concilio de Trento (2) que si á todas las funciones sagradas conviene llegarse santamente, con mayor razón deberemos llegarnos al Sacramento Santísimo, donde no sólo está la santidad, antes bien la santidad misma. Por esta razón poderosísima ordena expresamente que ningún cristiano, estando uncido al enorme yugo del pecado grave, y constándole esto mismo positivamente, por más que diga hallarse verdaderamente contrito, se acerque á recibir el divino Pan sin haber precedido la sacramental confesión. Mas, no creáis que es doctrina nueva la de la ecuménica Asamblea citada; es una necesaria consecuencia de la del Apóstol, que enseña que todo aquél que come y bebe indignamente el Cuerpo y la Sangre del Señor traga su propio juicio: el juicio desfavorable á sí mismo; he ahí por qué nos amonesta con entrañas de caridad á que examinemos nuestra conciencia antes de pretender unirnos con Jesucristo, siendo el buen efecto de habernos fielmente probado, el entrar en la piscina saludable de la sacramental confesión; por eso advertí que la práctica de la Iglesia respecto de este punto es una necesaria consecuencia de la doctrina de San Pablo.

10. El espíritu del cristiano se dignifica al observar que la prescripción de la confesión sacramental, como preparación para recibir la Eucaristía, no fué una institución de los tiempos medios, como han fantaseado creer los protestantes, sino que sus orígenes están cimentados en los mismos principios de la Iglesia: prueba de que no es una cos-

(1) Opuse. 58, cap. 15.

(2) Sess. XIII, cap. 7.

tumbre más ó menos arraigada, más ó menos acreditada, sino un dogma real que entraña un deber gravísimo en el cristiano práctico. En algunas encrucijadas de las catacumbas romanas, junto á los *loculi* de las criptas, se encuentran todavía cátedras que, estando colocadas fuera de las condiciones litúrgicas ordinarias, han hecho conjeturar con bastante fundamento al célebre P. Marchi, que sirvieron de cátedras sacramentales, en las que los sacerdotes oían las confesiones de los fervorosos penitentes. Su aspecto en nada difiere de las cátedras episcopales, situadas en el fondo de los ábsides, desde las que el obispo predicaba la divina palabra; pero la circunstancia de estar entre dos corredores hace creer, sin duda, que allí, puestos los cristianos de rodillas ante el ministro de Dios, confesaban en secreto sus faltas, para ir luego á manifestar los públicos pecados en público, ó para cumplir la penitencia impuesta. Uno de los pecados más graves, dice la *Confesión* de S. Fulgencio, especie de método de examen de conciencia, consistía en haber recibido el Cuerpo de Jesucristo sin haberse preparado para la Confesión (1).

Mas, decidme, ¿quién osaría recibir al Sacramento del Altar, que es todo pureza, estando manchado con el hediondo hálito del mortal pecado? Yo os quiero preguntar, hermanos, decía S. Agustín, si alguno de vosotros pondrá sus vestidos en una arca manchada, y si no los depositáis en ella porque son preciosos, ¿cómo pretenderéis hacer entrar á Jesucristo en una alma que no esté muy limpia? No es lícito, argüía el Salvador á la Cananea, tomar el pan de los hijos y arrojarlo á los canes (2); no es lícito añadía, entregar las cosas santas á los perros ni arrojar las ricas margaritas á los inmundos puercos (3); ¿por qué? por eso mismo de que son sucios é irracionales; no son dignos de esas cosas santas, de esas margaritas ricas; así los cristianos que se hallan en pecado grave, contaminados con la hediondez de la cul-

(1) Relacionada por Menard, en sus notas al Sacramentario de S. Gregorio, pag. 225.

(2) Math. XV, 26.

(3) Id. VII, 6.